

COMENTARIOS

A D. Teodoro de Anasagasti, infatigable defensor de la reforma de la enseñanza.

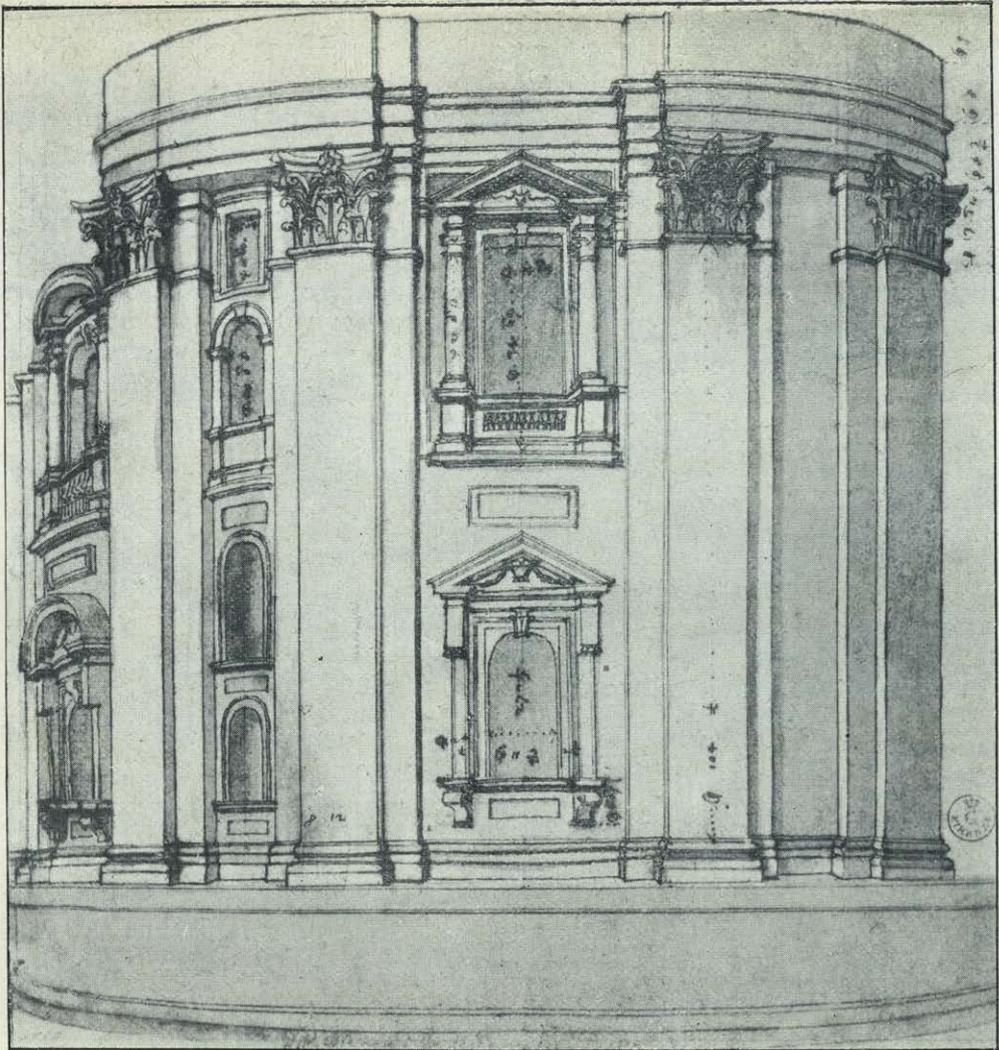
Del clásico, de su enseñanza y sus relaciones con la arquitectura moderna

Nuestro amigo X, que acaba de abandonar el vetusto caserón de Estudios, 1, nos escribe: «El clásico no puede desecharse. Tronar contra el clásico es una mentecatez. Hoy por hoy, por todas partes, en los Estados Unidos, en Alemania, donde sea, cuando queremos conseguir riqueza, serenidad, tenemos que recurrir al consabido entablamento descansando sobre las consabidas columnas de tantos pies de diámetro por tantos módulos de altura.»

Como nuestro amigo, admiramos sin reparos las obras clásicas griegas o las romanas, tan diferentes a aquéllas; las de los colosos del Renacimiento, remozadoras de las anteriores; pero, sin embargo, en esta afirmación de nuestro amigo creemos ver un error de perspectiva. Será preciso analizar el camino, los orígenes de nuestros conocimientos clásicos.

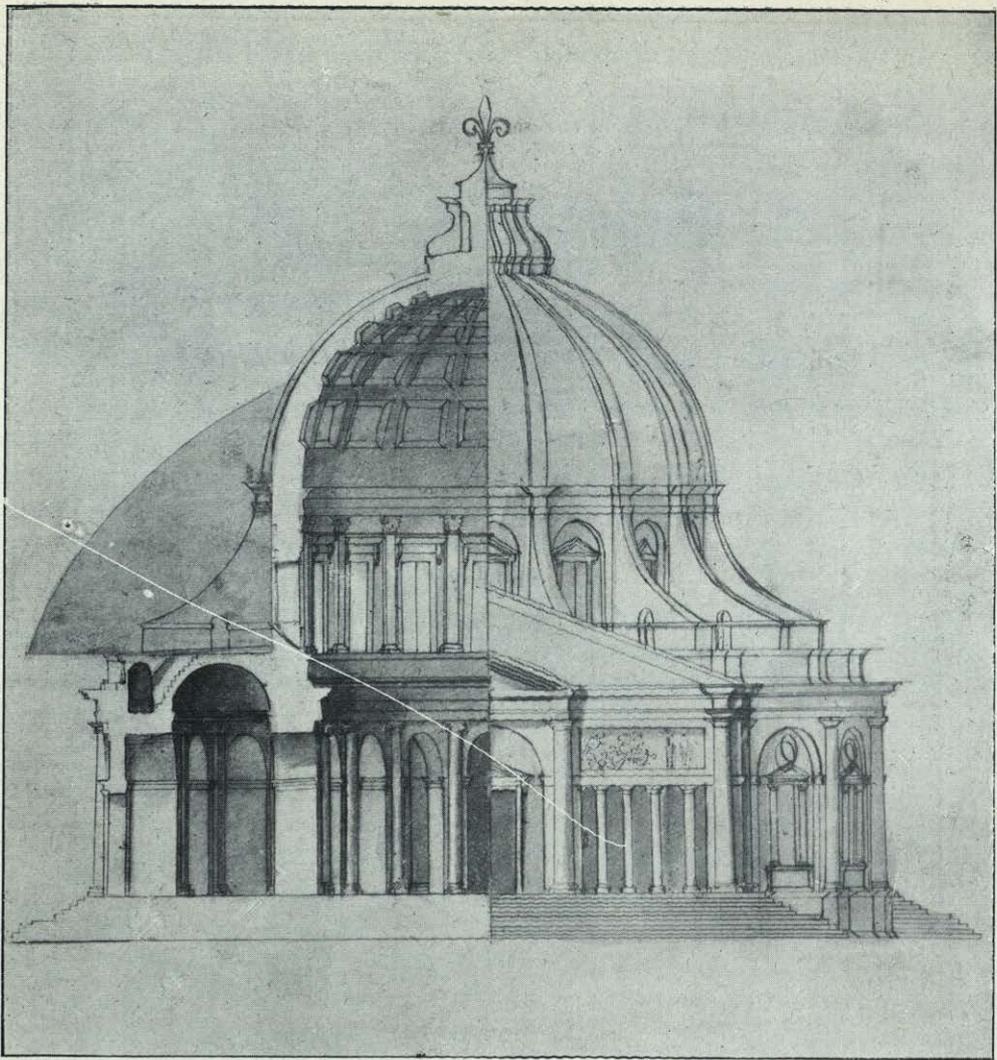
Se nos dijo: tal templo, tal basílica o tal palacio florentino son clásicos: sus fábricas datan de tal o cual siglo antes o después de Cristo o son contemporáneos de Pericles, Constantino o Lorenzo el Magnífico; todo ello es, sin duda, interesante. Se nos hizo también reparar en sus elementos, en su estructura, en sus molduras; se nos habló también de sus proporciones, y, por último, se nos dijo: el clásico es insustituible en ciertos casos, y no se sufre error por vía Vitrubio o Vignola; ésta había sido, sobre todo, la idea que quedaba más arraigada en nuestra mente de todas las enseñanzas que del clásico habíamos recibido, es decir, lo sustentado por mi amigo y colega X, y con él la casi totalidad de los arquitectos; pero aquí está precisamente el error, al creer que para producir una obra clásica nos son indispensables los entablamentos y las columnas, los capiteles dóricos o jónicos; creemos que esto es quedarse en la cáscara, porque, si bien son las formas, no es el espíritu vivificador, medio, pero no el fin; el espíritu es el módulo, es el orden, el fin, la serenidad, y así, tan clásica como el Partenón puede ser una casita de hormigón armado con ventanas *sleepeng*, si a la creación de ésta presidió el orden, el módulo, la razón, como lo fué a la de los templos de Grecia o de Sicilia.

De nuestra actividad escolar, algo más de lo anteriormente señalado se relacionaba con el clásico. En la escuela hemos creído *hacer clásico*, unas veces copian-do o calcando tan paciente como insensiblemente aquellas láminas, cincuenta veces copiadas y calcadas por las generaciones que nos antecedieron, y cuyos originales fueron la obra de los sabios que se llamaron Amador de los Ríos, Velázquez, Aznar...



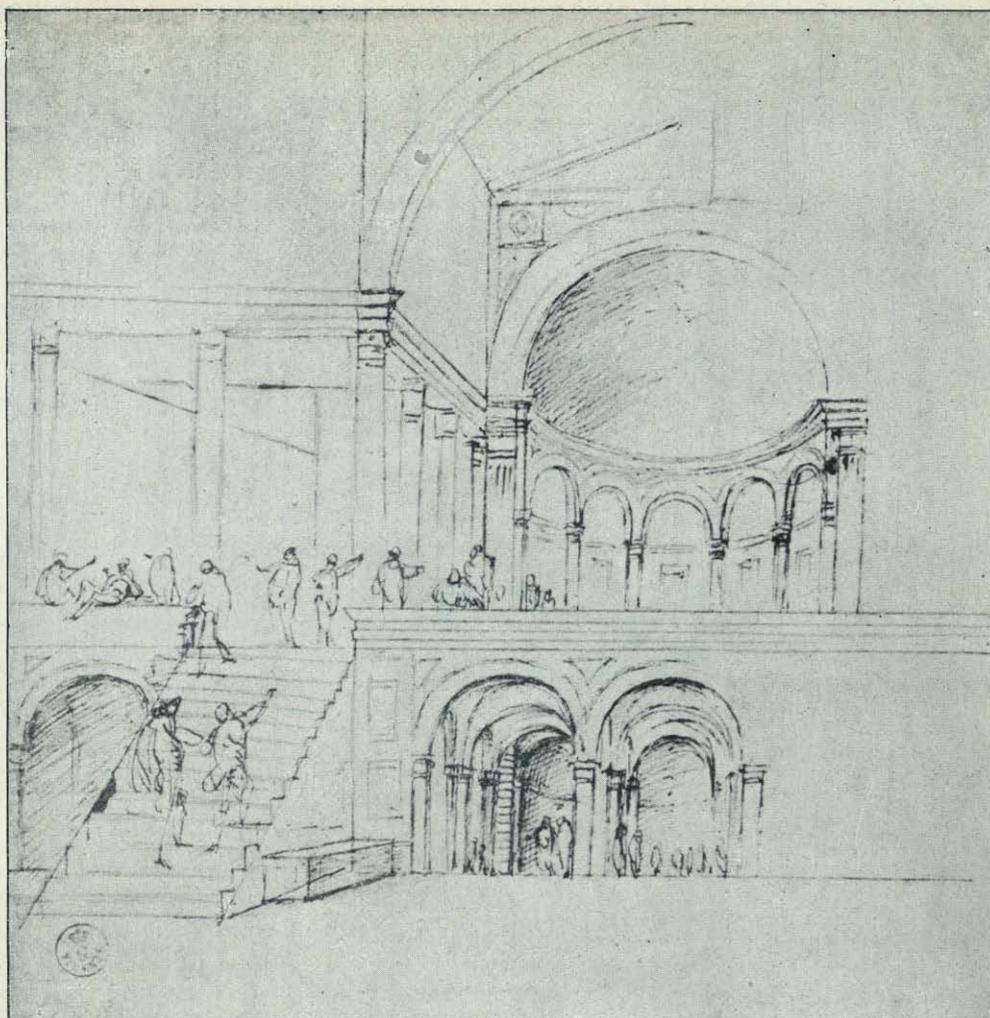
CROQUIS: LUDOVICO CIGOLI.





CROQUIS: GIOV. ANTONIO DOSIO.

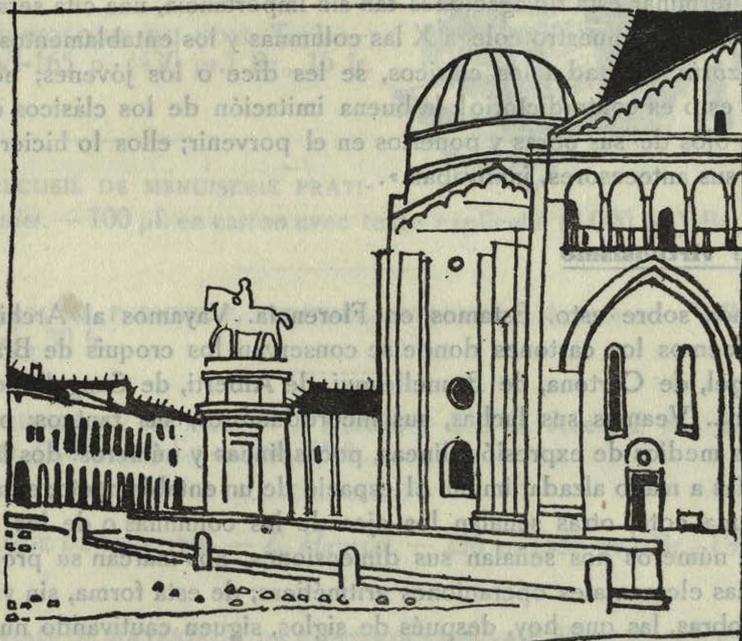




CROQUIS: BRAMANTE.



Otras veces, al proyectar tal o cual edificio donde un pórtico clásico o una columnata parecían *indispensables*, y así todo contribuía a perpetuar nuestro error en nuestras tan rudimentarias como equivocadas ideas sobre lo clásico. En la



Padua.—Croquis de F. García
Mercadal.

enseñanza había habido sin duda un vacío. Nunca se nos había dicho que el clásico, más que como un estilo, debería considerarse como un límite, como la aspiración a la perfección de la obra; nadie nos dijo que no hay arquitectura clásica ni no clásica; que no hay más que arquitectura buena o arquitectura mala; que sin hacer más entablamentos y columnas podíamos también aspirar a lo clásico, proyectando con serenidad, sin virtuosismo (esa cosa tan pequeña a la que, a veces, se da tanta importancia), pensando con medida y sobre las medidas,

estudiando y comparando las relaciones de unas con otras; la Euritmia, con sus ejes de simetría principal y secundaria, las relaciones entre éstos, la ponderación de macizos y huecos; que el ahorrar líneas y huir de lo superfluo sería el camino único que nos podía conducir a la soñada perfección clásica.

Y para terminar estas divagaciones tan sin importancia, una cita será tan indispensable como cree nuestro colega X las columnas y los entablamentos.

Dice *Azorín*: «Imitad a los clásicos, se les dice o los jóvenes; no intentéis innovar, ¡y esto es contradictorio!; la buena imitación de los clásicos consiste en apartar los ojos de sus obras y ponerlos en el porvenir; ellos lo hicieron así. No imitaban a sus antecesores, innovaban.»

Más sobre virtuosismo

Insistamos sobre esto. Estamos en Florencia. Vayamos al Archivo de los Uffizzi, hojeemos los cartones donde se conservan los croquis de Bramante, de Miguel Angel, de Cortona, de Brunellesqui, de Alberti, de Sangallo, de Arnolfo del Cambio... Veamos sus luchas, sus incertidumbres, sus tanteos; observemos también sus medios de expresión: líneas, pocas líneas y números: dos líneas paralelas trazadas a mano alzada limitan el espacio de un entablamento; entre ellas, un número o una cota; otras señalan los ejes de las columnas o de los huecos; en ellos, unos números nos señalan sus dimensiones, nos marcan su proporción; al margen, unas elementales operaciones aritméticas; de esta forma, sin virtuosismo, hacían sus obras, las que hoy, después de siglos, siguen cautivando nuestro espíritu por su perfección, sus equilibradas proporciones, por su clasicismo.

Una trayectoria

Las artes vienesas están de fiesta: en este otoño —1924— se celebran aniversarios y jubileos del teatro vienés, de la música vienesa, de la pintura, de la arquitectura, de las artes decorativas; ciclos de conciertos, representaciones y exposiciones varias nos traen la memoria de los que fueron y nos colocan ante los que ahora son, ante sus más recientes obras. Bien representada la arquitectura en su trayectoria, sin solución de continuidad: Wágner, Peche, Ollbrich, Bäuer, Ohmann, Behrens, Strnad, Witzmann, Frank, Blach, Hoffbauer...

Hemos pretendido inútilmente formar nuestra trayectoria, la que correspondería a la arquitectura española en la misma época, pero nos faltan nombres, continuidad y, sobre todo, *escuela*; nos sobra eclecticismo — la manera más correcta de señalar la desorientación —. La historia de las artes jamás señala por mucho tiempo una figura aislada; éstas se funden, se desdoblán. De aquí que las *escuelas* tuvieran siempre más importancia que los hombres.

F. GARCÍA MERCADAL.

Roma, 1924.